

EN EL ANTERIOR NÚMERO de Memoria, en esta misma sección, despolvé un par de artículos sobre el género de la biografía redactados por Guillermo Díaz-Plaja el año 1931 y publicados en el semanario Mirador de Barcelona. Rescato ahora otro texto que es complementario de aquel. Se trata del primero de los dos prólogos que Eugenio d'Ors antepuso a Epos de los destinos, un libro demasiado olvidado que recopila tres particulares biografías: las de Francisco de Goya, los Reyes Católicos y Eugenio Torralba. Ors las escribió durante el último tramo de la Edad de Plata -el período de consolidación del género biográfico en España- y, como la mayoría de su producción intelectual, aparecieron primero por entregas en los periódicos y luego se recopilaron en volumen independiente. En este caso concreto, la editorial Gallimard (¡Gallimard!) publicó La Vie de Goya (1928) y Ferdinand et Isabelle, Rois Catholiques d'Espagne (1932) en la prestigiosa colección Vies des hommes illustres (modelo de la no menos prestigiosa «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX» de Espasa Calpe). La idea del libro Epos de los destinos se gestó en plena Guerra Civil, como recuerda Pedro Laín en Descargo de conciencia, pero la Editora Nacional no lo publicó hasta el año 1943.<sup>1</sup>

Decía que este texto complementa a «Sobre biografía» de Díaz-Plaja y quizá sería más exacto decir que, en buena parte, es su opuesto. Díaz-Plaja había manifestado su fascinación ante un género en boga y moderno, moderno por su vinculación explícita con «las populares doctrinas freudianas». Era el momento de esplendor de la que se etiquetó como «biografía novelada», caracterizada por usar el psicoanálisis como instrumento de disección de la intimidad del biografiado. Este paradigma narrativo que dio brillantes frutos entró en una profunda crisis en España y tras la Guerra, crisis de la que se hace eco el siguiente prólogo de Ors. La etiqueta perdió su validez, pero el cambio más profundo que se produjo fue el descrédito de las teorías de Freud como cartografía válida para adentrarse en el espacio de la intimidad del sujeto. La restauración imposible que persiguió el modelo cultural del fascismo español, del que Ors fue uno de sus teóricos principales (como se desprende también de estas páginas), pretendió implantar a un sujeto puro y falso, ajeno a toda «corrupción» provocada por los instintos. Freud, por tanto, no servía. Peor: era una amenaza. Extirparlo como teoría de conocimiento de la individualidad fue uno de los factores que provocaron la pobreza dominante del género biográfico durante los años cuarenta.

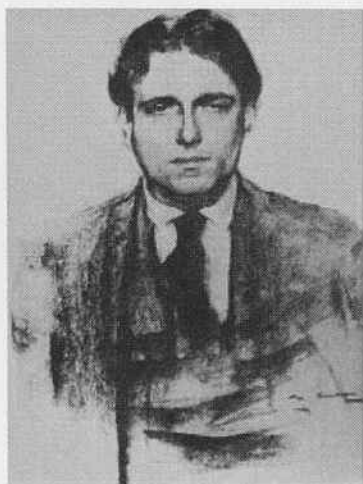
Jordi Amat

## Eugenio d'Ors

---

# Prólogo al Epos

Prólogo en 1942<sup>2</sup>



LAS PÁGINAS DE ESTA OBRA se escribieron entre los años 1926 y 1933; quiere decir, cuando su autor se encaminaba, paso a paso, hacia el medio siglo de edad y llegaba a sus puertas. Paralelamente a la de su redacción, dos empresas teóricas le ocupaban entonces: una, cuya materia era el secreto de la historia universal y que bautizó de *Ciencia de la Cultura*; otra, con designio de esclarecer el de la personalidad humana, que él creyó encontrar en la existencia de los Ángeles Custodios y su asistencia; por lo cual pudo cifrar las adquisiciones aquí logradas bajo el doble título de *Angeología* y *Soteriología*. Entre los dos esfuerzos se colocaba el de encararse, aunque fuera simbólica y narrativamente, con el problema del destino, de cualquier individual destina; tema donde confluyen la personalidad y la historia.

Una de las conmovedoras y removedoras, entre las aludidas adquisiciones sobre lo angélico, ha venido finalmente a descubrirnos que, para la personalidad del hombre —y aun quizá para su fisiología—, no debe llamarse tan sólo adolescencia al tiempo que precede a la juventud, sino igualmente a aquel por donde asoma la madurez. Dando al término su posible generalidad, la adolescencia, mejor que *un período*, es *un estado*; en el cual, lejos de presentarse los elementos de carácter con aquella fijeza que les hace susceptibles de segura definición, se agitan un tumulto y, por decirlo así, hierven, con propensión igual a precipitarse hacia las vertientes vitales más disimiles y hasta las menos sospechadas. No sólo la existencia de la mujer conoce una «edad crítica»: también al varón, si cronológicamente un poco más tarde, visita el «demonio meridiano». Volviéndole un adolescente, aunque luzca sienas plateadas.

Al acercarse los cincuenta años, se reflexiona mucho, con una reflexión que no sólo evita, antes parece que provoca, el cometer algunos disparates. Pero, ¿serán de veras disparates? ¿Disparates, aciertos sobreconscientes o pruebas en que el azar tiene un papel soberano? Un invisible escultor nos trabaja entonces, como a dócil materia plástica. De ahí pueden salir a la conversión religiosa o el suicidio; el escribir la *Divina Comedia* o el fugarse con una bailarina... Bendito el Ángel o el que llamó Sócrates «demonio familiar» si obtiene lo primero, cuando se estuvo a pique de caer en lo segundo. Bendita la sobreconsciencia, cuando, en hora tan grave de vivir, elimina incógnitas del enunciado vital, en vez de multiplicarlas.

Eliminar incógnitas significa, es claro, imponer límites. Al acercarse los cincuenta años es, por ejemplo, cuando mejor medimos nuestras ignorancias. Antes, la superficie moceril tiende a fingirnos, en lo que no sabemos, impertinencia. Después, la fatigada lejanía llega a convencernos del olvido... Me acuerdo de una de mis primeras noches en Madrid, cuando aquí llegara de estudiante, una escena jocosa en el saloncillo del Español; donde un compañero mío, literato en agraz, cayó de pronto sobre D. José Echegaray, que se estaba, tan viejecito, tan quietecito, en una butaca rinconera, embutido en su gabán de pieles,

para soltarle: «Desengáñese usted, D. José: Shakespeare no conocía el corazón de la mujer...» Todos los circunstantes rieron el caso, que era en efecto de reír; pues lo probable es que el mozallete, del corazón de la mujer, no supiese aún gran cosa. Pero hoy, me parece igualmente probable que tampoco D. José tuviese a la sazón sobre el asunto mayores luces. El uno, por inexperiencia todavía; el otro, por indiferencia ya.

Y, sobre el enigma del destino humano, sobre lo que llamaríamos «el secreto de la vida», ¿qué he sabido yo en el curso de la propia? Una densa oscuridad me lo había envuelto siempre, antes de encararme en aplicación tenaz con la de Goya, la de los Reyes Católicos y sus grandes servidores, la del Licenciado Torralba. Y temo que después, una vez concluido el ciclo de esos trabajos y llegada para el autor la madurez, instaurada ésta y consumada, la tal oscuridad, fuente de infinitos percances, haya vuelto a cerrarse a sus ojos. El tiempo de escribir *Epos* habría, pues, significado, para mí, un paréntesis de lucidez... Hoy, a distancia, creo que mi tarea, asistida como se encontraba superiormente, sobrenaturalmente, poco no pudo adivinar. Así Edipo, que empezó entre misterios familiares y acabó en ceguera trágica, pudo tener ante la Esfinge un trance y un éxito de adivinadora luz. La respuesta a la Esfinge, si mi Trilogía no la da acabada, la insinúa hasta lo hondo y hasta un punto que, a mí mismo, lector ya extrañado, me entran a veces ganas de gritar: «¡Que te quemas, que te quemas!»

No de otro modo la lectura, por otra parte tan farragosa y en ocasiones tan repugnante, de Sigmund Freud, nos hace tropezar de cuando en cuando con pasajes —por ejemplo, hacia el final de la *Psicopatología de la vida cotidiana*— de los cuales se recibe tal impresión. Diríase que, de pronto, la última palabra va a revelarse y que todo va a quedar claro de un golpe. Momentos, nada más: en el psiquiatra, la intuición suele quedar sepultada bajo el peso de la documentación clínica. El autor del presente libro puso a escribirlo con mucho tesón en que a él no lo ocurriera lo propio con la documentación histórica.

A la cual, desde luego, apenas si atendió, puesto como estaba a pura función de zahorí. Los

doctos, y aun los primarios, han de encontrar de seguro en lo que sigue, sobre todo hacia la segunda parte —con Goya el campo era más estrecho; con Torralba, infinitamente más libre—, errores de bulto y noticias mal interpretadas. No en vano, por otra parte, un par de lustros de investigaciones y rectificaciones van transcurridos, desde aquellos en que se ejercitara mi adivinación. Ahora, que ésta puede tener sus certerías de palpito o corazonada; como la conducta tiene las del impávido del sentido común.

Ocurre con la historia como con la higiene. Cuidado si aquellos mismos cuadragenarios, a cuyas turbaciones acabamos de aludir, suelen ver éstas acrecidas por el tósigo de ciertos consejos relativos a su diatesis; los cuales se presentan como expresión de la sabiduría más documentada y acrisolada, sin perjuicio de que, a vuelta de unas calendas, el mismo progreso de saber se encargue de enmendarlos o contradecirlos. Cuando las horas en que el *Epos* se escribía, los pobres artríticos eran insistentemente tirteafuerados a que huyesen de las carnes a la parrilla y se atiborrasen de verdes espinacas. Ahora, en la coyuntura de la publicación, la última novedad higiénica predica, al contrario, que la espinaca es tan nociva como favorable el bisté. El que se atenía a la experiencia de lo que le sentaba

bien, permanece, sin embargo, impasible frente a tamañas veleidades... Pues, igual con la historia: entre la moda erudita de 1930 y la moda erudita de 1940, parecerá legítimo que uno se queda con las eternidades de la propia intuición.

Y que, por Dios, nadie quiera ver en lo que acaba de decirse un alegato en pro de las que han venido llamándose, por mal nombre, «biografías noveladas». El Génesis, señores, no es una novela... Lo que sí ha parado en novela, a pesar —o a causa— de su científico atuendo, son la Geología y la Prehistoria de hace un siglo. Y Darwin, en parecernos inmensamente más aventurado que Moisés. Como las lecciones de pintura de los impresionistas, menos actuales que las de Goya. Y las de la política del parlamentarismo, menos que las de los Reyes Católicos. Y más arcaico los psicoanálisis del ya mentado Freud que las hierbas que iban a buscar en el Huerto Botánico de Montpellier Eugenio y su Demonio.

#### Nota

<sup>1</sup> Pedro Laín Entralgo: *Descargo de conciencia* (1930-1960), Barral Editores, Barcelona, 1976, págs. 216 y 217.